

na, cuyas aventuras conocía y que, sin embargo, lo embriagaba hasta el punto de hacerle olvidar su pasado.

El tío Kayser, dedicado por completo á la *dignidad del arte* y ocupado en pintar una alegoría titulada *La familia moderna*—una página de arte puro, místico, social, regenerador—había olvidado decididamente á su sobrina. Lissac experimentaba á veces el deseo de devolvérsela, porque sufría con la idea de entregar á Mariana á otro hombre. Pero, en fin, su miedo al matrimonio pudo más que sus celos. Guy rompió aquellos amores violentamente. Sintióse enfermo, se metió en la cama, y cuando vió que Mariana fué á su casa y le dijo con amorosa pasión:

—¡Ahora ya no me separo de tí! ¡Estás en peligro y vengo á salvarte!

Guy sintióse perdido. Tuvo la percepción rápida, violenta como un puñetazo, de que si dejaba que aquella mujer se instalase en su cama, acababa su libertad por siempre. Aquel parisiense erigía en máxima el dicho de que un hombre debe estar siempre en *disponibilidad*. Tenía horror á ese medio casamiento vergonzoso, bautizado con una palabra de *argot*: el arrimo. Prefirió exponer su vida á perder su libertad, y durante una pe-

queña ausencia de su enfermera, que apenas se separaba de la cabecera de su cama, metió en una maleta alguna ropa, se metió él, tiritando de fiebre, en un carruaje, y dando diente con diente, sintiendo el frío intensísimo de una calentura espantosa, hizo que el coche lo llevase á la estación del ferrocarril y huyó á Italia.

Mariana experimentó un pesar profundo al saber la huida. Era una esperanza que se le escapaba. Amaba realmente á Guy y creía tenerlo verdaderamente *cogido*. ¡Huía de ella! ¿A dónde? Por un momento tuvo la tentación de seguirlo, cuando recibió carta suya. Pero adivinaba que Guy, decidido á abandonarla, se servía de un amigo para que echase al correo aquellas cartas en puntos donde él no estaba ya.

Representar el papel grotesco de una mujer en persecución de su amante era ridículo. Se quedó en París; y disgustada, en un momento de desesperación, como si estuviese viuda, tomó un día el camino de la calle de Navarino, volvió al redil y encontró á su tío Simón tan tranquilo como siempre y casi terminando ya el famoso cuadro de *La familia moderna*.

—Creo que esto es lo mejor y lo más moral que he hecho—le dijo Kayser señalando á su obra.—

En arte, la moral ante todo, hija mía. Ahora siéntate y cuéntame tus cosas.

Hacia cinco años—cinco años muy cumplidos—que Lissac no veía á Mariana. Su amor habíase ido poco á poco convirtiendo en amistad, por cartas. Mariana escribía y Guy le contestaba. Todos los reproches y todas las quejas y todas las excusas fueron y vinieron por el correo, y á pesar de esta correspondencia, ni uno ni otro habían buscado la ocasión, ni sentido la necesidad de volver á verse. Capricho muerto. Sin embargo ¡se habían amado tanto!.....

Y de pronto, bruscamente, una mañana, con aquel frío intenso, Mariana, tiritando, llegaba á la casa nueva, cuando menos la esperaban y se sentaba á calentarse sus diminutos piececitos.

Guy estaba algo sorprendido.

Contemplaba con curiosidad, no enteramente exenta de turbación, á aquella mujer á quien había amado, amado realmente. Procuraba encontrar de nuevo en el fondo de aquellos ojos garzos, brillantes y burlones, la llama de los apasionamientos de otro tiempo, apagadas ahora sin que quedase siquiera un pedacillo de ascua. ¡Y pensar que se hubiese jugado la vida por esa mujer; que le hubiera sacrificado su apellido; que se había

arrancado de ella por virtud de un esfuerzo sobrehumano; que para separarse de su lado se había destrozado el corazón; que había huido marchándose á Italia, con locos apetitos de soledad y de olvido! Sí; porque Mariana fué el primer amor verdadero de aquel parisiense escéptico, burlón y hastiado, y ahora trataba de experimentar, mirando á la joven, alguna de aquellas pasadas sensaciones, de aquellos recuerdos que otra vez le hacían cosquillas en el corazón.

Evidentemente Mariana se daba cuenta de lo que pasaba en la cabeza de Guy y sonreía con expresión extraña. Hundida en la butaca, con la espalda bien apoyada en el espaldar del mueble, inclinando graciosamente su delicado cuello, miraba con singular fijeza á Lissac.

Él sentíase objeto de la mirada maliciosa de su antigua querida. Las ventanillas de la nariz de Mariana se agitaban nerviosamente en tanto que con los dedos apoyados en los brazos de la butaca tocaba febrilmente una marcha muy en boga.

Y Guy trataba de evocar, en los contornos de aquel cuerpo admirablemente formado, en aquella mirada medio burlona, medio amorosa, en la agitación de aquellos músculos, algo de los éxtasis

de otros días. Volvía á ver en la sombra de la barba, el sitio donde le gustaba posar sus labios ávidamente, como para saborear un néctar delicioso. Pasaba en él una cosa extraña. Todo lo que había de inagotado en aquellos amores interrumpidos, pero no rotos, se le subía al corazón.

Capricho ó pasión, ello es que Lissac experimentaba todavía, como en los momentos pasados, junto á aquella mujer, la emoción que le comprimía el pecho y le causaba aquella deliciosa sensación que le habían hecho olvidar después una porción de amores fáciles á que se había entregado durante aquellos cinco años.

Un perfume ligero, penetrante y suave se exhalaba de Mariana, y Lissac encontraba en él el olor deleitoso de las horas pasadas al lado de aquella mujer encantadora.

Él no decía palabra, y ella risueña, curiosa, esperaba á que hablase. Tal vez turbada por la muda interrogación de Guy, sacudió bruscamente la cabeza é irguiéndose de pronto preguntó:

—¿Se puede fumar en vuestra casa?

Y abrió una elegante petaquita de piel de Rusia con iniciales de plata.

—¡No faltaba más!—contestó Guy, encendiendo la esponjilla impregnada de alcohol que había

sobre una copa de plata y presentándosela á Mariana.

Ella cogió rápidamente con el filo de los dientes la punta del papelillo que acababa de hacer con sus finísimos dedos, y lo encendió. El reflejo de la llama del alcohol daba más animación á sus ojos y coloreaba ligeramente sus pálidas mejillas que Guy contemplaba con singular emoción.

—Es una invención rara ésta—dijo devolviéndole la esponjilla donde se veía una lengüeta de fuego azulado.

Él la apagó, dejándose llevar por el turbador encanto de sus recuerdos y mirando á Mariana medio envuelta en una nube de humo de tabaco.

—¿No sabéis una cosa?—dijo—y es que más de una vez—palabra de honor—al volver una esquina, en un encuentro casual, mi corazón de parisiense empedernido, ha latido al hallar en la coquetería de un peinado, ó en el perfil de una mujer hermosa, algo vuestro, algo que se parecía á vos.

¡Esos sombreritos adornados con plumas que ahora llevan todas, los pusisteis vos de moda, luciéndolos antes que nadie sobre vuestros preciosos cabellos! Siempre que veía una que llevaba un sombrero así, la seguía. Y os doy mi palabra de

que no era por ella. La desconocida caminaba delante de mí, golpeando la acera con el alto tacón de su bota y yo seguía detrás de ella, con la ilusión de que me llevaría á algún sitio donde iba á encontrar un pedacito de cielo. Por esas calles de Dios se pasean así fantasmas de mujeres enamoradas en pleno día, y os aseguro que no soy yo el único que haya experimentado la angustia y los latidos de corazón de que os hablo. A veces me ha ocurrido en esos momentos sentirme los ojos húmedos; pero si era en invierno atribuía las lágrimas al frío nada más. ¿Era en efecto el frío lo que movía mis párpados, Mariana? Decídmelo.

Mariana se echó á reír.

—Pero eso es un verdadero idilio, mi querido Guy—dijo luego, mirando á Lissac.

—Melancolía y nada más.

—Elegía, digámoslo así. ¿Y esas neuralgias os han acometido de tarde en tarde? Un poco de valeriana ó de quinina en píldoras, es remedio magnífico para ellas.

—Os burláis de mí.

—No—dijo ella;—pero era muy sencillo, puesto que mi recuerdo os inspiraba tanta poesía y os hacía dar largos paseos detrás de las mujeres que llevaban sombreros adornados con pluma, era

bien poco difícil, digo, no haber tomado el tren para Milán y no huir de mí como se huye de un acreedor.

Guy á su vez se sonrió.

—¡Ah! es que.... sí, es que os amaba demasiado.

—Ya, ya conozco ese sistema—exclamó Mariana con un acento que contrastaba con su elegancia, con el tono de una modelo de pintor.—Es una galantería que no cuela. ¿Entendéis?

—Tal vez fui un tonto—dijo Lissac—¡qué le hemos de hacer!

—No lo dudéis, amigo mío. Siempre es una tontería privarse de una mujer que os adora. ¡Os aseguro que esos fenómenos no abundan!

—Os acordáis, entonces, mi querida Mariana—dijo Guy,—de aquellos tiempos en que respaldabais un retrato destinado á alguien que os amaba mucho con estas palabras: «Al que idolatro como á nadie en el mundo.»

—Sí—contestó Mariana, echando un poco de humo hacia el techo.—Esas cosas no se olvidan nunca por poco sincero que se sea al escribirlas.

—¿Y vos lo erais?

—¡Palabra de caballero!—contestó ella riendo.

—Sin embargo, me han asegurado después que antes que á ese habíais amado á otro.

—Es posible—respondió Mariana con repenti-

na amargura;—pero en la vida que he hecho, me han comprado tantas veces, que no es extraño haya tomado en ocasiones por amor, lo que no era más que el placer de entregarme sin venderme.

Y había dejado escapar en estas palabras lanzadas con tono breve, que silbaron como una flecha al cruzar el aire, tal sufrimiento, tanta rabia y tanta amargura, que Lissac se estremeció.

Aquel parisiense hasta la médula de los huesos, experimentaba un sentimiento verdaderamente curioso é inesperado, y aquella mujer con la nuca apoyada en el espaldar de la butaca, le parecía una criatura nueva, desconocida, que había ido allí para tentarlo.

Seguía en el abandono de aquella lánguida postura y los contornos de aquel cuerpo elegante, las curvas del busto, las caricias del vestido pegado á las exquisitas caderas, y el regreso inesperado de la amiga desaparecida, de la querida olvidada, tomaron, de repente, para él todo el carácter picante de un capricho ó de una aventura. Y además aquella nota amarga lanzada entre el torbellino de frases triviales, excitaba su curiosidad y despertaba todo lo que acaso había de latente aún en una pasión cuyo desenvolvimiento había sido interrumpido con violencia, cinco años antes.

Habíase sentado al lado de Mariana, buscando con la vista los ojos garzos de la joven y tratando de coger entre sus manos una mano blanca que huía de las suyas apresuradamente. Ya ponía, en el movimiento comenzado con sus brazos, algo así como la caricia de un abrazo.

De pronto Mariana lo miró cara á cara fijamente y le dijo con un tono que indicaba bien á las claras que el pasado se negaba á abrir nueva cuenta corriente al porvenir.

—¡Hola! ¡hola! ¿Vais ahora á hacerme la corte, amigo mío?

Lissac sonreía.

—¡Bah!—continuó ella.—¡Dejadme en paz! ¡Esa es una novela que habéis hojeado demasiado para que resulte ahora soportable!

—¡La novela de mi vida!—dijo Lissac en voz baja, acercando los labios á la oreja de Mariana.

—Razón de más para no volver á leerla. La verdad es que hay libros que no se leen más que una sola vez. ¡Y tal vez por lo mismo no se olvidan nunca!

Levantóse de pronto, tiró con movimiento nervioso la punta de su cigarrillo á la lumbre de la chimenea, y poniendo la vista en los ojos asombrados de Lissac dijo con firme acento:

—¡Ah! Está muy lejos aquello que vos llamabais riendo—¡confieso que los dos nos reíamos mucho!—los *caprichos de Mariana*. ¿Sabéis lo que me sucede, mi querido Guy? ¿Sabéis lo que es la loca que fué vuestra querida? Pues, una mujer aburridísima, profunda y sombríamente aburrida. Bostezo horriblemente. Los días se me antojan interminables, las gentes me parecen estúpidas, los libros se me figuran insustanciales, los tontos me hacen el efecto de idiotas y los hombres de talento el de tontos. Es una enfermedad negra si queréis, ó mejor dicho, es una enfermedad gris, el odio de lo incoloro, el cansancio de lo vulgar, la sed de lo imposible. Una sed que, dicho sea de pasada, no se puede satisfacer. El manantial de agua fresca que debe satisfacerla no ha brotado aún.

Hablaba con tono seco, agrio y con una sonrisa nerviosa y forzada.

Había encendido otro cigarrillo y de cuando en cuando dejaba escapar por entre sus carnosos labios bocanadas de humo, ó con la punta del dedo meñique quitaba nerviosamente la ceniza del cigarro, dejándola caer en la chimenea.

Conmovido, interesado, sin pensar ya en el capricho que sintiera un momento antes, Guy la miraba moviendo la cabeza como un médico que

encuentra á un cliente mucho más enfermo de lo que él supone y de lo que quisiera confesar.

—¿Sois muy desgraciada, Mariana?—preguntó.

—¿Yo? ¡Bah! ¡Cansada, aburrida, hastiada, sí! ¡Desgraciada, no! Porque al fin y al cabo la desgracia tiene algo de grande. Puede uno luchar con ella. Es la tempestad; pero la lluvia, la eterna lluvia menudita, la lluvia *calabobos*, incesante que todo lo mancha de fango. ¡Ah! ¡lo que es esa os aseguro que es inaguantable, abrumadora! ¡Y en mi vida llueve y llueve sin cesar terriblemente!

Y estiraba los dos brazos, dando un bostezo que parecía no concluir nunca y que dejaba ver á Lissac el anonadamiento estúpido de una decepción inmensa y de una caída sin esperanza de regeneración.

—¿La vida? ¿la vida mía? ¡La rueda de un molino andando siempre del mismo modo! Una perpetua renovación de amores sin alegrías ni goces, y de borracheras sin sed. ¿Comprendéis? Una mujer de verdad haciendo la vida de una prostituta! ¡Un alma que es mía, un espíritu mío, una inteligencia mía, metidos en un cuerpo que entrego á los demás..... mejor dicho, que he entregado, gracias á Dios! ¡Porque ahora me he propuesto no hacerlo más y no tengo amante ni quiero! Quiero

ser mi propia querida y no la querida de cualquiera. Sólo tengo un placer....

—¿Cuál?—preguntó Guy, á quien esta desesperación, esos gritos de sufrimiento, ese dolor, involuntariamente manifestado, turbaban profundamente y le hacían dar tumbos de la duda á la compasión.

—El único placer que tengo consiste—dijo Mariana—en ir á encerrarme sola en una casita que he alquilado al final de una callejuela ignorada, cerca del Jardín de Plantas, y á donde he llevado lo que me queda, siquiera en ruinas, de mi vida pasada: libros, juguetes, retratos, ¿qué sé yo? Y mi voluptuosidad consiste en pensar que allí nadie me conoce, que ignoran cómo me llamo, de dónde vengo y á dónde voy, lo que hago, lo que pienso, lo que odio, todo, todo, en una palabra. Allí me encierro, me tiendo en una butaca y me digo que si por casualidad, como sucede algunas veces, me llegase á morir de repente de una congestión, de un aneurisma, nadie sabría quién soy cuando me encontrasen, y que me llevarían al depósito judicial de cadáveres ó á la fosa común, lo mismo me da, sin saber quién era. ¡Ah! os aseguro que esas partidas de placer que yo me permito no son ciertamente muy alegres. Pues si ellas

constituyen mis únicos momentos de dicha, figuraros lo que será el resto de mi vida.

Lissac, conmovido profundamente, sentíase interesado en la suerte de aquella mujer. Puesto que iba á verlo, era que lo necesitaba. Y puesto que no quería continuar las amorosas relaciones que les unieran en otro tiempo, era que se trataba de otro asunto, acerca del cual sentíase poseído de extraordinaria curiosidad.

¿Qué iría á hacer en su casa aquella criatura bellísima y seductora, con el corazón lacerado por las penas y los desengaños, y el carácter agrio y triste que esos mismos desengaños habían determinado? Guy la conocía demasiado, y sabía que no era mujer capaz de hacer aquella visita por el gusto de recordar tiempos pasados ó de hacer confidente de sus penas á Lissac.

Mariana echóse á reír de nuevo después de aquella confidencia sobre sus apetitos de soledad, y sin dejar de mirar á Guy, preguntó de pronto:

—¿Es cierto que sois uno de los concurrentes más asiduos á las reuniones de Sabina Marsy?

—Sí—dijo Lissac.—Aunque me hacen muy poca gracia las reuniones políticas.

—Parece que esas son políticas sin serlo. Y á creer á los periódicos, van á ser ahora científi-

cas..... He visto anunciado que el señor de Rosas..... Y á propósito, mi querido Guy, ¿seguís siendo amigo del señor de Rosas?

Y al pronunciar ese apellido con tono indiferente, Mariana se había acercado á su interlocutor con objeto sin duda de oír mejor su respuesta.

Guy no contestó en seguida, como si estuviera adivinando la intención de Mariana al hablarle de Rosas. Entonces sospechó vagamente que su amigo, el noble español, entraba por algo en aquella visita de su antigua querida.

—Lo trato y lo veo con mucha frecuencia siempre que está en París — dijo al cabo de un momento.

—Pues entonces lo veréis muy pronto, porque llega mañana.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Los periódicos. ¿No leéis periódicos?..... Viene de un viaje á Oriente. La señora de Marsy tiene empeño en hacerle relatar sus aventuras en una *soirée* especial que piensa dar en obsequio suyo. ¡Una verdadera conferencia! ¡Mucho debe haber variado nuestro amigo Rosas! Porque antes era un poquillo salvaje.

—Era tímido, corto de genio, lo cual es una cosa bien distinta. Pero—preguntó Lissac al cabo

de otro instante de silencio — ¿qué tiene que ver Rosas?.....

—Decidme antes que ya sabíais que llegaba mañana.

—Lo sabía por los periódicos, como decís vos. En estos tiempos los periódicos hasta le dan á uno noticias de sus propios amigos.

—Lo importante es que lo supierais, y lo es, porque tengo verdadero empeño en oír al señor de Rosas, por lo cual venía á pedir os que me presentaseis en casa de la viuda de Marsy.

—¡Ah! ¿Es eso?.....—empezó á decir Guy.

—Eso es. Me aburro. Tengo verdadera locura por las cosas de Oriente. ¿Os acordáis del *Desierto de Feliciano David* que tocaba yo al piano en otro tiempo? Quiero oír el relato de ese viaje, y así oídaré un poco á París.

—Pues lo oiréis, mi querida Mariana. La señora de Marsy me rogó anoche que le presentase á Vandrey. Ahora vos me suplicáis que os presente á ella. Héteme aquí convertido en un verdadero introductor de embajadores. Me alegro mucho, por otra parte, de llevaros á un salón que supongo os ha de parecer menos triste que vuestra casita de cerca del Jardín de Plantas..... Pero ¿lo he soñado yo? Creía que érais amiga de Sabina Marsy.

—Sí; la he encontrado alguna vez por ahí, y siempre me ha parecido muy simpática. Me ha invitado en diferentes ocasiones á ir á su casa, pero yo no me atrevía..... Mi afán de estar sola..... Mi cárcel de junto al Jardín de Plantas.....

—Y esa casita..... ¿está prohibido, enteramente prohibido, ir á verla?

—No está prohibido, pero es difícil. Yo, por otra parte, no tengo nunca nada oculto para mis amigos, con una condición—dijo Mariana:—la de que han de ser precisamente amigos.....

Y subrayó la palabra.

—¡Nada más que amigos!

—La amistad—objetó Guy—es cosa muy buena, muy dulce, muy..... pero.....

—¿Qué?

—El amor.....

—¡No me habléis de eso! ¡Eso vuela, como las golondrinas! Se va, se escapa á Italia..... y en cambio la amistad.....

La joven extendió su manita pequeña, pero firme y sólida como si fuese de acero.

—Cuando queráis hacerme una visita allí—añadió—iré á recibirlos y os daré las señas. Pero no ha de ser Guy el que vaya, sino el señor de Lissac. ¿Convenimos en ello?

—Sería muy impertinente si os dijera que sí.

Mariana se encogió de hombros.

—¿Galanterías? ¡Qué tonto eres; guarda eso para las demás! Conmigo ya hace tiempo que pasó el tiempo de ellas.

Cogió entre sus manos la cara de aquel hombre, que se puso un poco pálido, y dándole un beso en cada mejilla, friamente, pero sin ambages ni repulgos le dijo con tono extraño:

—Bien sabes que te amé de veras. No te quejes ni me pidas ahora lo que no puedo dar.

¡Ay! ¡qué deseos tan ardientes acometieron á Lissac, de volverla á coger entre sus brazos para hallar en ella otra vez á la querida, y de impedir que aquella mujer se fuese á la calle sin ser suya, como en otros tiempos!

Pero Mariana se había puesto rápidamente el abrigo y abrió la puerta con presteza.

—¿Con que está convenido?—dijo.—En casa de la de Marsy.

—En casa de la de Marsy. Haré que os envíen una invitación.

—Y yo vendré á recogerlos aquí. Sí, yo, como si fuese un muchacho. ¡Y vos me presentaréis á Rosas! Veremos si me conoce, si se acuerda todavía de mí.

La joven se echó á reír.

—Me presentaréis también, puesto que ésa es vuestra profesión—añadió sonriendo y enseñando graciosamente sus blanquísimos dientes—me presentaréis también á vuestro amigo íntimo el señor Vandrey. Siempre es bueno conocer á un Ministro. *¡Addio, mio caro!*

Antes que Guy diese un paso hacia Mariana, ya ésta había desaparecido, y el cortinón de seda japonés ocultaba tras sus tupidos pliegues la puerta del comedor. Abrióla. La señorita de Kayser estaba ya en la antesala con la mano puesta en el picaporte de la puerta.

—Á las nueve estaré aquí!—dijo desde lejos á Lissac.

Lo saludó con la cabeza, en tanto que el ayuda de cámara se precipitaba para abrir la puerta, y una vez abierta ésta, desapareció la elegante silueta de la joven, que por un momento habíase visto dibujada en la claridad de la escalera.

Guy entró en su cuarto, casi furioso.

Ahora que ya se había ido, él abrió bruscamente el balcón de su gabinete. Parecíale que volaba una nubecilla azulada, la del humo del cigarro de Mariana, y que con ella se iba por el balcón el olor á heno, y envuelto con él el perfume que un instante

antes había contribuído á trastornarlo, con la esperanza de satisfacer un capricho pasajero.

El aire puro del exterior y un rayo de sol penetraron en la habitación. A lo lejos, los tejados cubiertos de nieve se destacaban sobre el fondo claro de un cielo puro, diáfano, primaveral. Alegres nubecillas de vapor llenaban la saneada atmósfera.

Guy respiró con fruición aquel aire purísimo que quitaba el olor á tabaco, mezclado con el perfume de aquella mujer. Parecióle que le quitaban un gran peso de sobre la frente un poco congestionada momentos antes. El viento fresco barrió las huellas de los besos de Mariana.

—¿Si seré siempre un chiquillo?—se decía para sus adentros. No ha venido por mí, sino por Rosas. ¡Las amigas de nuestros amigos son nuestras queridas! Caramba, y si me descuido reincido, palabra de honor.... ¡No faltaba más!.... Para luego tener que echar otro viaje á Italia.... ¡Y á mi edad! ¡Válgame Dios!

Y sonriendo, cerró el balcón y se metió dentro, porque hacía frío.

V.

En la acera del boulevard Malesherbes, dos agentes de la autoridad, envueltos en sus largos capotes